

Introducción

Hace varios años la idea comenzó a rondar en mi cabeza. Siempre me gustó la figura de los naturalistas; quién no ha sentido atracción, aunque sea mínimamente, por los clásicos. Charles Darwin, Alexander von Humboldt o Henry David Thoreau me parecen personas fascinantes. Durante el último tiempo, he disfrutado algunos de sus libros en profundidad; otros me han parecido demasiado complejos o duros para seguirles el ritmo desde el goce. Pero me emocionan sus historias. En mis propios deseos de exploradora naturalista, a los diez años, estando de *cam-ping* con mi familia en el norte de Chile, decidí realizar mi primera expedición, guiando a mi hermano y a una prima —que en ese momento no tendría más de cuatro años— a través de un viaje alrededor de los matorrales cercanos, a ver qué podíamos encontrar. La exploración duraría varias horas, advertí a mis padres, que siempre supieron no llegaría a mucho más que sesenta minutos y nos tendrían a la vista, pues el bosque enorme que armé en mi cabeza era en realidad un espacio minúsculo. Cargando un par de elementos que me inventé como primeros auxilios, una pequeña linterna, tijeras, un palo que hacía de bastón y de machete, iba primera, liderando la fila india. Nos adentrarnos unos cinco minutos, hasta que regresamos de modo intempestivo en una carrera donde estaban los grandes.

Me encontré de frente con una culebra chilena —que entonces vi gigante—: se alzaba en postura amenazadora. Por su carácter, seguro se trataba de una serpiente chilena de cola corta.

Más allá de lo anterior, las ínfulas de exploradora quedaron congeladas un buen tiempo, hasta que recuperé el valor. Esa idea de internarse en lo más desconocido del mun-

12 do natural, o la valentía de enfrentar en soledad lo que un ambiente agreste puede presentarnos, me sigue pareciendo importante. Pero se suele romantizar demasiado y la exploración ha cambiado mucho. Los expedicionarios naturalistas antiguos requirieron de altas cantidades de valor y temple. Mis máximas experiencias en ecosistemas lejanos han sido en la selva. Lo que se vive allí es tan alucinante como abrumador. Probablemente, las ansiedades que nos generan estos tiempos de hiperconexión hacen que retirarse sea casi puro placer y uno, como viajero, se entrega a los periodos más o menos acotados que nos pueden dar unas vacaciones. Pero

¿cómo se sentiría la experiencia de estar meses o años lejos de la civilización que conocemos, de ser el primer par de ojos modernos que descubre y describe especies o sistemas naturales, de comunicarse solo por carta con una enorme brecha de tiempo-espacio, de correr peligros tan reales que te pueden llevar a encontrar la muerte inmediata a miles de kilómetros de tus seres queridos? ¿Cómo se debe llevar, por otra parte, el compromiso de dejar plasmadas tus propias conclusiones tras años de investigación sobre la naturaleza para que el resto pueda conocer, estudiar, y desde ahí seguir avanzando en la divulgación de las especies que nos rodean? La atracción por lo desconocido es inherente al ser humano. El interés y el amor por la naturaleza deberían serlo también,

pienso. Al menos, así ha sido para algunos pueblos

indígenas. No tanto para los ciudadanos de hoy. La historia natural como la conocemos se inaugura durante la época clásica y, si bien los naturalistas más populares fueron los exploradores de los siglos xviii y xix, no solo el padre de la evolución —o quien entregó los primeros fundamentos de ella— fueron únicos. Perdonarán la exageración, pero si realmente nos ponemos a buscar, veremos que el conjunto

de investigadores del mundo natural es casi tan extenso ¹³ como la cantidad de especies faltan por describir. Todas esas figuras nos abren un universo verdaderamente mágico. Avances tecnológicos mediante, es gracias a estas personas que la ciencia natural ha podido progresar tal como lo ha hecho en los siglos xx y xxi. El rescate de la memoria es un ejercicio hermoso, además de justo.

En el caso chileno, destacan los nombres de Claudio Gay, Rodolfo Philippi, el abate Molina, Ignacio Domeyko, por nombrar algunos ejemplos notables, pero nuestros científicos abocados al mundo natural son muchísimos más. Cuando comenzamos a conocer sus historias, su trabajo, los enormes esfuerzos que han implicado sus décadas de desarrollo del saber para que nosotros, aficionados y no tanto, conozcamos la biodiversidad y los sistemas naturales que nos rodean, no queda más que agradecer.

Fue cuando empecé a tener mayor cercanía con las figuras de algunos de ellos que quise conocer más de sus historias. En esa búsqueda, me di cuenta de que había poco y nada, que nuestra memoria era demasiado corta. Eran “no descritos”. Así nació este libro. Como algunos lectores ya estarán concluyendo, el trabajo de selección no fue fácil. Es que elegir nunca es fácil; quisieras que estuvieran todas y todos, tantos merecen el espacio. Sin embargo, no es realista abarcar tantas vidas como quisiéramos. Comencé seleccionando

nombres por área de estudio. Consultando con expertos de cada área, por diversas razones, fueron surgiendo algunos acuerdos. Luego, el libro fue cambiando. Había historias que me parecían más interesantes que otras, o personajes con los que fui conectando de forma más mística, si se quiere, a medida que avanzaba en las investigaciones. Finalmente, las figuras aquí perfiladas conversan mucho entre ellas, sus

14

vidas se van entrecruzando. Eso me hizo sentido. Fue bello ese cruce; por algo, pensaba, fue apareciendo.

Luego, no se trató necesariamente de una división por área de estudio: hay varios que abarcan más de un área, sin ir más lejos. Fue por época. Son naturalistas “modernos”, vale decir, que realizaron su trabajo a medida que transcurría el siglo xx. En esta modernidad, además, la investigación pasa a estar muy ligada a la difusión para un público más masivo. He ahí un gran tema. No se trata ya, solamente, de hablar para los colegas; sino de hablar para el ciudadano común, acercando las ciencias naturales y sus complejidades a más personas. Todos los que aquí aparecen son grandes divulgadores de la naturaleza de Chile. Sin excepción, son personas profundamente apasionadas por lo que hacen.

Traté de recrear estas vidas con el máximo respeto, admiración y apego a la realidad. En algunos casos, fue sumamente difícil dar con los detalles: había historias que tenían demasiados baches; sin duda, existirán opiniones encontradas, siempre aparecen, pero este es el resultado de un intento lo más preciso y completo posible. María Codoceo Rojas, Guillermo Mann Fischer, Luis Peña Guzmán, Adriana Hoffmann Jacoby, Juan Carlos Castilla Zenobi, Jürgen Rottmann Sylvester, todos tienen momentos, personas, experiencias o espacios de trabajo en común. Para ellos, instituciones como el

Museo Nacional de Historia Natural,

las relaciones con el Estado, las propias expediciones con herramientas más precarias, los estudios en sus casas particulares, las colecciones personales, sus inspiraciones, los laboratorios, todo seguía una línea más o menos similar. Giuliana Furci George-Nascimento comparte un poco menos, no solo porque es la más joven del grupo y su trabajo se instala en el siglo xxi, sino también porque su labor divulgativa ha sido muchísimo más masiva. Su tema, los hongos, es de una popularidad más reciente y avasalladora. Con ella cambia el paradigma. El proceder ya no es el mismo, viene a proponer un modelo menos jerárquico. Su figura, si se analiza, está atravesada además por la idea de que el mediador entre la especie y el gran público es la propia naturalista.

Con Juan Carlos, Jürgen y Giuliana tuve el privilegio de conversar en vivo durante horas en distintas sesiones. Con María, mi primera perfilada, me sentí muy cercana, al igual que con Adriana: ambas me fueron “guiando” desde otro lugar; pasaron cosas bastante extrañas, como la aparición por casualidad de documentos inesperados que venían a confirmar algunas preguntas de manera concreta. Con Luis y Guillermo, tuve la suerte de contar con los relatos de sus familias, y de aprender mucho de especies a través de sus trabajos. Además, estos últimos se asoman casi en todos los perfiles, pues fueron maestros o colegas de la mayoría. Dejo una cita que me ha encantado. Estando en Surinam, el biólogo Edward O. Wilson se encontró casi de casualidad con una especie de hormiga que hasta entonces solo había sido hallada en una cueva de Trinidad, llegando a una conclusión maravillosa sobre el propio viaje

naturalista:

Grabé aquel día en mi memoria para, más tarde, recuperar y examinar de cerca cada detalle. Los acontecimientos mundanos adquirieron un cariz simbólico y llegué a las conclusiones siguientes: que el viaje del naturalista no ha hecho más que empezar y, a todos los efectos, durará para siempre; que es posible pasarse la vida en un viaje magallánico alrededor del tronco de un solo árbol; que, a medida que la exploración continúe, abarcará más aspectos próximos al corazón y al espíritu humanos; y que, si todo esto es verdad, es posible que la visión del naturalista sea solo el producto especializado de un instinto biofílico compartido por todos, capaz de beneficiar cada vez a más personas. La humanidad se ha convertido en protagonista no porque estemos por encima de las demás criaturas, sino porque, al conocerlas bien, elevamos el propio concepto de la vida.

Espero que disfruten de este libro, que logren instalar en sus memorias los nombres de los divulgadores que aquí aparecen. Ojalá los mueva la necesidad de proteger cada ecosistema, bicho, semilla, hongo, y de honrar a las personas que nos han enseñado. Este es un homenaje a los naturalistas del mundo y de Chile, que en su afán aventurero, científico, filosófico, amoroso, nos han compartido el milagro de la naturaleza de primera mano.

IV

botánica

El código sentimental de las flores

adriana hoffmann jacoby



Santiago, 29 de enero de 1940 - Santiago, 20 de marzo de 2022

Voy a aprenderme esta tierra adonde me trajo el
viento, una marea y un leño.
Aprenderme quiero, uno por uno, Dios mío, sus
árboles que veía en sueño, aprenderme como
palabra cada fruta. Desde el fondo de las
quebradas, aprenderme los mugidos nuevos de los
animales. El extraño sabor del aire, aprendérmelo,
lleno de sal,
de polen, de caña de azúcar.

*gabriela mistral, *Elogio de la naturaleza**

La zona costera de Paposos se encuentra a cincuenta y seis kilómetros al norte del puerto de Taltal, en la Región de Antofagasta, Chile. Este “lugar de aguas cristalinas” en idioma kunza o atacameño, es muy especial en términos de endemismo botánico. Allí, la plataforma continental es muy angosta, y de la playa al cerro hay pocos metros. En palabras del naturalista alemán Rodolfo Philippi, “en apenas quince pasos debajo de una piedra inmensa, brota un manantial bastante abundante de agua poco salubre que forma un pequeño cieno” o lodo blando (1853). El cerro sube vertical, abrupto, quedando expuesto a la vaguada que pega día a día hasta los mil metros de altitud, creando un centro de humedad que ha dado paso a la formación de múltiples quebradas ubicadas cerca del desierto. Por esta configuración geográfica, hay muy poco intercambio

genético entre especies, lo cual posibilita su alto nivel de singularidad.

Ese relicto natural fue uno de los favoritos de la botánica chilena Adriana Hoffmann, y al cual, poco antes de cumplir ochenta años, ya más deteriorada físicamente, decidió volver junto a una pareja de amigos, Felipe y Carola, en compañía también de su hijo Francisco. Ya usaba bastón y estaba más

80 cansada, por lo que sus compinches decidieron invitarla a quedarse cerca del automóvil hurgueteando plantas, mientras ellos se alejaban un poco más sobre el cerro.

Estaban que- brada arriba cuando de pronto se percataron: Adriana, con una dificultad enorme, había subido más de un kilómetro con su bastón por las rocas motivada a encontrarse con ellos y poder apreciar las especies que estaban viendo de cerca. Toda su vida, mantuvo una fuerza física sorprendente. Pasaba por lejos a los más jóvenes, a grupos de franceses, ingleses o noruegos ultrapreparados que venían a estudiar las especies chilenas con ella. Nunca se apunó, y jamás se agotaba, ni siquiera al recolectar plantas a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Donde había flora nativa

estaba o estuvo Adriana.

Escribió los libros de divulgación de flora chilena más consultados del país, extendiendo la botánica más allá de la academia. Fue la responsable, cuarenta años atrás, de que actualmente sean personas de todas las edades quienes pueden aprender de plantas nativas, las conozcan, las protejan. Sus libros, totalmente pioneros para la época, lo cual le costó más de algún disgusto de científicos nacionales que consideraban que la ciencia no debía escapar de los *papers* de este modo masivo y didáctico, pasaron a ser obras de culto. Cualquier familia que tenga algún integrante interesado en flora, muy

probablemente tendrá en su biblioteca o en sus veladores

más de algún libro de Adriana Hoffmann. Su trabajo cruzó fronteras, llegando a ser, junto a Paulina Riedemann, una de las grandes referentes de la flora nativa de Chile.

Ganó premios en diversos países; trofeos que siempre mantuvo en un caja cerrada en un rincón de su casa. Promovió iniciativas de educación ambiental innovadoras. Defendió el bosque nativo de casi todas las maneras ima-

ginables: como manifestante en las calles, como lobista ⁸¹ frente al poder, e incluso dentro del Gobierno; esta última tentación le jugó una mala pasada, fue una de sus peores decisiones y de sus grandes dolores.

Nació en un caserón colonial en la calle Pedro de Valdivia, Providencia. En esa época, principios de los cuarenta, se trataba de una parcela donde vivían dos familias. Una era la de Adriana, junto a su padre Franz, su madre Helena Jacoby, más conocida como Lola Hoffmann, y su hermano Francisco. La otra, de su tío Otto junto a su mujer, Tita, y los dos hijos de la pareja, sus primos Alicia y Rodolfo. También vivían allí su abuela paterna, Elisa, apodada Omama, con quien pasaba largo tiempo de aventuras en el jardín, más su tía abuela Elizabeth. Tita, por otra parte, fue la que ayudó a criar a Adriana y a su hermano, su segunda madre, quien se encargaba de los temas prácticos de los niños, pues Franz y Lola estaban dedicados a sus descubrimientos.

El espacio contenía una casa antigua en forma de U. El resto del terreno albergaba un jardín y un huerto. Fue en medio de ese huerto que sus padres construyeron varias casas pequeñas que serían utilizadas como consultorio de Lola, taller de escultura y pintura de

Franz, donde incluso